

José Luís González Subías



ESO...

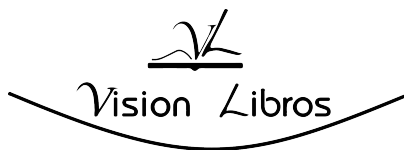
NO ME

VA

ESO NO ME VA

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ SUBÍAS

ESO NO ME VA



© ESO NO ME VA
© JOSÉ LUIS GONZÁLEZ SUBÍAS
© GRUPO EDITOR VISION NET
C/ San Ildefonso, 17, local, 28012, Madrid (España)
Tel: 0034 91 3117696
url:www. visionlibros.com

ISBN: 978-84-9983-116-9

Diseño base cubierta: Marian González
Maquetado: © Magda C. Vargas Del Valle

Producido por Grupo Editor Vision Net
C/ San Ildefonso, 17, local, 28012 Madrid (España)

Impreso en España.

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A quien tenga oídos

Atormentad a mis hijos cuando sean mayores, como yo os he atormentado a vosotros, si os parece que se ocupan más de la riqueza que de la virtud, y si creen ser algo, no siendo nada; reñidles, como yo a vosotros, si se enorgullecen sin motivo.

“Apología de Sócrates”, Platón (s. IV a. de C.)

No debemos preocuparnos de lo que opine de nosotros la multitud, sino lo que opine quien entienda acerca de lo justo o injusto.

“Critón o Sobre el deber”, Platón (s. IV a. de C.)

Cuando un Estado democrático, devorado por una sed ardiente de libertad, está gobernado por malos escanciadores, que la derraman pura y la hacen beber hasta la embriaguez, entonces, si los gobernantes no son complacientes, dándole toda la libertad que quiere, son acusados y castigados, so pretexto de que son traidores que aspiran a la oligarquía. [...] Los padres se acostumbran a tratar a sus hijos como a sus iguales y, si cabe, a temerles; éstos a igualarse con sus padres, a no tenerles ni temor ni respeto, porque en otro caso padecería su libertad [...]. Y si bajamos más la mano, encontramos que los maestros, en semejante Estado, temen y contemplan a sus discípulos; éstos se burlan de sus maestros y de sus ayos. En general, los jóvenes quieren igualarse con los viejos, y pelearse con ellos ya de palabras, ya de hecho. Los viejos a su vez quieren remedar a los jóvenes, y hacen estudio en imitar sus maneras, temiendo pasar por personas de carácter altanero y despótico.

“La República o El Estado”, Platón (s. IV. a. de C.)





EVALUACIÓN INICIAL

Hoy comienza un nuevo curso. Para mí no es un curso cualquiera; empiezo la Universidad. ¡Cuántas veces he soñado con este momento! Aunque todavía me queda mucho por hacer, estoy contenta; sé que es ahora cuando de verdad podré decir que soy estudiante. No es que no lo haya sido antes. Bien mirado, me doy cuenta de que siempre hubo una diferencia entre mis compañeros y yo. Mientras ellos se dedicaban a perder el tiempo, sin preocuparse demasiado por el futuro, yo no dejaba de hacer planes y calcular cuánto me quedaba para llegar a este momento. Creo que desde muy pronto supe ya lo que quería. La Universidad... Para mí era un sueño tan lejano, pero tan deseado...

Mis padres no tuvieron la suerte de poder estudiar. Siendo muy jóvenes, se pusieron a trabajar para ayudar en casa. La verdad es que tampoco se sintieron nunca muy atraídos por los libros, o no tuvieron tiempo para ello. No sé de dónde me viene a mí esta afición.

Todavía recuerdo el día que llegué, parece que hace un siglo, al instituto. A algunos de los chicos y



chicas que había en la entrada, parados ante la verja cerrada que impedía el paso, ya los conocía del colegio. Pero encontré otras muchas caras nuevas. No sabría decir en este momento cuáles fueron mis sensaciones. Todavía era muy pequeña. Sólo tenía doce años. Recuerdo que enseguida me acerqué a Julia y, nada más vernos, conectamos. Julia me miró con sus grandes ojos azules, que me transmitieron calma. Tenía el pelo muy rubio. Parecía una muñeca de porcelana, frágil y delicada; pero sus ademanes mostraban una actitud de seguridad y madurez que me impresionaron.

No tuve tiempo entonces de conocer a nadie más, porque pronto se abrieron las puertas del instituto y todos los chicos que llegábamos por primera vez al centro fuimos pasando al vestíbulo entre risas, cierto temor a lo desconocido y, no tardé en darme cuenta, algo de descaro en algunos.

Los profesores del instituto me parecieron simpáticos en general. Un señor con gafas y un poco calvo nos condujo por unas escaleras hasta el primer piso del edificio. Nos introdujo en un aula, en cuya puerta había un pequeño letrero donde podía leerse: 1º C. El señor, que parecía muy amable, se presentó como Antonio y nos dijo que era nuestro tutor. La verdad es que me sorprendió un poco su presentación; no comprendía que un profesor pudiera llamarse simplemente Antonio, cuando mis padres siempre se referían a ellos como “don Julián”, “don José” o “doña Mercedes”. Y en el colegio, al principio, también los llamábamos así; aunque pronto cogimos confianza y empezamos a utilizar un modo



más informal de dirigirnos a ellos. No sé en qué momento el venerable y ya muy mayor don Julián pasó a ser, simplemente, el “profe”; pero para mi padre, que siempre había tenido mucho respeto por los maestros y las personas de cultura, y había aprendido a escribir con don Julián cuando fue al colegio, habría sido un sacrilegio llamarle de otro modo. No quiero ni imaginar cómo se hubiera puesto de haber sabido que entre los alumnos, a espaldas de los profesores, éstos recibían otros nombres, como “el pota”, “la monja” o “el cojo”. Ahora me doy cuenta de lo insultante de estos apodos, pero entonces me resultaban más fáciles de aprender y, sin duda, eran más divertidos.

Los primeros días de clase fueron emocionantes. A mí me tocó sentarme, por orden alfabético, junto a una chica que parecía bastante mayor que yo. He olvidado su nombre. Dejó pronto el instituto. Sólo recuerdo que solía ir pintada y que los chicos estaban siempre alrededor de ella. En los pasillos, si veías algún grupo de muchachos arremolinados en torno a alguien, es que ahí estaba mi compañera, tan segura de sí, atrevida y desafiante con todos al mismo tiempo. Creo que no llegamos a cruzarnos en todo el curso más que algunas palabras. No me caía muy bien.

La clase estaba dividida en tres hileras de dos mesas cada una, separadas por dos pasillos entre los que los profesores circulaban saltando por encima de algunas mochilas tiradas por el suelo. Yo me sentaba en la segunda fila, junto a la ventana. Desde esta posición tenía la suerte de poder ver sin dificult-



tad la pizarra y estar más atenta a las explicaciones, a la vez que espiaba, de cuando en cuando, lo que sucedía al otro lado de los cristales. Había en el patio un grueso y frondoso árbol en el que anidaban varios gorriones. A veces les oía cantar y me quedaba extasiada con sus trinos, mientras al fondo escuchaba la voz del profesor, monótona y lejana. Fui consciente, en el transcurso de los primeros meses, de cómo las hojas fueron primero amarilleando y después, sin previo aviso, dejando desnudo al pobre árbol, que parecía estar cada vez más triste. Tanto como yo, que, sin saber cómo, a las pocas semanas de estar en el instituto comencé a sentirme extraña y distinta.

Julia también estaba en mi clase. Pronto nos dimos cuenta de que, entre las dos, había surgido una sincera y profunda amistad. Aprovechábamos cualquier momento para estar juntas. Su compañía me hacía sentir segura. Era de esas personas que inspiran confianza y respeto al verlas, sin necesidad de hablar con ellas. A pesar de la fragilidad de su aspecto, todos sabíamos que Julia sería capaz de enfrentarse a cualquier situación, en cualquier circunstancia, y teníamos la convicción de que siempre saldría airosa. Hacía tiempo que sus padres estaban separados, y su madre, con quien vivía, trabajaba todo el día fuera de casa. Este hecho, que en otros casos habría servido de excusa para justificar algunos comportamientos inmaduros y rebeldes, a ella no parecía haberle afectado demasiado. Y si lo había hecho, el resultado había sido muy distinto; desde muy pronto, Julia había aprendido a conocer el sentido de la palabra “responsabilidad”. Era ella quien se



encargaba, al salir del instituto, de prepararse la comida; después, sin que nadie tuviera que ordenárselo ni vigilarla, arreglaba la casa. A veces bajaba al supermercado y hacía la compra del día. Más de una vez la vi, mientras yo estaba sentada en el parque con las amigas, pasando junto a nosotras cargada con varias bolsas. Y siempre iba feliz y risueña. Eso no quiere decir que no bajara también a la calle. No sé cómo lo hacía, pero lo cierto es que le daba tiempo a todo; no había día que llevara a clase los deberes sin hacer. Aprendí muchas cosas con Julia. No la olvidaré nunca.

En la pequeña ciudad donde vivimos hay un número cada vez mayor de inmigrantes, y sus hijos van también al instituto. Aquel año había en clase un ecuatoriano, un rumano, una chica dominicana y un marroquí. Apenas hablé con ellos, salvo con Tatiana, con la que me llevaba bastante bien. Petru se integró sin problemas en el grupo y pronto demostró que estaba dispuesto a ser un buen estudiante. Era muy inteligente. A Diego le costaba mucho seguir el ritmo de las clases y tenía serias dificultades con la escritura. En cuanto a Karim... enseguida empezó a hacerse notar. Se sentaba en la primera fila, justo al lado contrario de donde estaba yo. Más que sentarse, se tumbaba. Solía pasarse las clases con la cabeza apoyada sobre la mesa, cuando no la rayaba con unas llaves que siempre llevaba en un dedo dándoles vueltas. Cuando hacía algo, no tenía nada que ver con lo que estábamos haciendo el resto de la clase. Tenía una profesora particular con la que pasaba la mayor parte del tiempo, así que lo veía-



mos entrar y salir del aula, cuando quería, sin que nadie le pusiese ningún impedimento. Iba a su aire. Conmigo no se metió nunca, pero sé que algunas compañeras le tenían miedo.

A Karim no le gustaba que ninguna profesora le diera órdenes. La verdad es que pocas se atrevían a llevarle la contraria. Después de varias amonestaciones, creo que los profesores se dieron cuenta de que era un caso imposible, así que se limitaron a no hacerle demasiado caso y se conformaban con que no hiciera ruido en clase; cosa que no siempre conseguían.

A las pocas semanas de empezar el curso, los grupos de amigos ya estaban formados. En total, éramos unos veinticinco alumnos. Aunque algunos nos conocíamos del colegio, la mayoría de los compañeros eran nuevos para todos. No tardaron en mostrar los chicos sus habilidades, que en la mayor parte de los casos se limitaban a tratar de ser más fuertes y chulos que los demás. Aunque había alguna excepción, afortunadamente. Por lo que respecta a las chicas, la verdad es que, a nuestra manera, tampoco nos diferenciábamos tanto de ellos; también entre nosotras había rivalidad por ser la más popular, la más guapa, la más atrevida o la más deslenguada. Y no me cabe duda de que el primer premio se lo llevó mi compañera de asiento.

En la clase que me tocó había varios repetidores de algún curso anterior. Se notaba porque parecían mayores. Entre éstos se formó pronto un grupito que nos hizo a muchos la vida imposible. Al principio, todos estábamos un poco cohibidos, y nos dedicamos simplemente a observar lo que pasaba a nues-



tro alrededor. Poco a poco, a medida que fuimos conociendo a los nuevos profesores, los alumnos más atrevidos o descarados comenzaron a medir sus fuerzas con ellos, para saber hasta dónde podían llegar. No todos los profesores reaccionaban igual ante las bravuconadas de estos chicos; algunos se enfadaban mucho y mandaron a Jefatura a varios de mis compañeros. Pero la verdad es que, como la mayor parte de las veces no pasaba nada, el ambiente en la clase se iba relajando cada vez más. Lo normal era que, mientras el profesor explicaba, hubiera siempre un murmullo de fondo que hacía difícil prestar atención y concentrarse. Algunos no traían los libros nunca y los deberes que se mandaban de un día para otro casi nadie los hacía. Confieso que me sentía muy incómoda. Yo no entendía que en una clase la gente pudiera hacer lo que quisiera. Tampoco me atrevía a decir nada.

Ahora que veo todo aquello desde la distancia, me pregunto cómo pude superarlo. Los primeros días, cuando un profesor preguntaba algo o pedía algún voluntario para hacer los ejercicios, me lanzaba impulsivamente a contestar. Siempre estaba dispuesta a responder, y no me di cuenta de que mi actitud fue tomada por muchos como una muestra de superioridad y desprecio hacia ellos. La norma que, sin saber cómo ni quién la dictó, se había impuesto en clase era la de no estudiar. Todos cuantos nos apartáramos de esa ley estábamos condenados. Insultos, burlas, vacío...

Julia, que como ya he dicho no se arredraba ante nada, fue el único apoyo que tuve aquel curso. Si no hubiera sido por ella, creo que habría caído enfer-



ma. Aun así, mis padres se dieron cuenta de que algo me pasaba. Había noches que no podía dormir, tenía pesadillas; no quería ir al instituto. Comencé a adelgazar, y mis ojeras delataban que estaba atravesando un mal momento. Me llevaron al médico, pero éste no pudo ofrecerles ninguna explicación; no tenía anorexia, aunque había perdido el apetito, y los análisis indicaban que me encontraba bien.

Antes de que me diera cuenta llegaron los exámenes; y cuando, poco después, recibí las notas de la primera evaluación, supe por primera vez qué se sentía al recibir un suspenso. Me quedaron la Lengua y las Matemáticas. Aunque eran las asignaturas con menor número de aprobados, recibí mis dos insuficientes como un jarro de agua fría. Jamás había suspendido. ¿Qué me había pasado? Miraba una y otra vez el boletín con las calificaciones, como si el papel fuera a darme alguna explicación. ¿Qué pensarían mis padres? Cuando se me saltaron las lágrimas, sentí en torno a mí un murmullo y algunas risas no disimuladas. Carlos, el grandullón cabecilla del grupo, y Roberto, su perro fiel e inseparable que siempre le reía las gracias, me miraban con desprecio, mientras alardeaban del número de sus suspensos, superior a los de los restantes alumnos. ¡A mí me han quedado seis! ¡Pues yo tengo ocho suspensas!

El tutor, que acababa de entregar las notas, mandó guardar silencio e intentó hacer entender a los campeones de tan estúpida competición que no estaba bien reírse de los compañeros y, mucho menos, alegrarse del fracaso; pues, sin duda, los resultados que habíamos obtenido la mayoría del grupo lo eran.



Sólo Julia y alguna otra chica habían conseguido aprobar todo, y con unas notas tampoco muy altas.

Aquel día, al salir del instituto, fui con Julia y dos compañeras a un parque cercano donde solíamos reunirnos antes de entrar a clase. Habían comenzado las vacaciones de Navidad, y todos los bancos estaban ocupados por grupos de adolescentes que gritaban alocados, como animales furiosos a los que acaban de dar la libertad. Muchos fumaban y bebían. Alguien había traído música, y las dos chicas que iban con nosotras se sumaron a la fiesta. Julia y yo preferimos dar un paseo.

Caminamos bajo los árboles desnudos del parque, en silencio. Las voces y el ruido fueron quedándose atrás; y, por un momento, el tiempo pareció detenerse. Era uno de esos días soleados de diciembre en los que la luz parece más intensa y las formas se muestran más nítidas. Uno de esos días en que, sin saber cómo, sentimos que algo distinto y especial está ocurriendo; en que uno se hace más consciente de sí y la vida se manifiesta con total claridad, al igual que los pensamientos. Aún sostenía en mi mano el boletín con las notas que acababa de recibir, pero ya no tenía tanta importancia. Me sentí dueña de mí misma, plena. Cerré los ojos y dejé que el sol me acariciara, me inundara de su energía. Ya no sentía miedo. En ese momento vi todo lo que iba a suceder; lo que yo deseaba y sabía que se cumpliría; y nada ni nadie me impedirían alcanzarlo. Era dueña de mi destino. Y no estaba sola. Supe que todo cuanto me rodeaba, el sonido de ese profundo y sabio silencio, la luz de ese sol radiante que me sonreía, la compañía de Julia...

